

escrito a máquina

América en dos mensajes



Desde Colombia nos llegan dos mensajes contrapuestos, dos enfoques del momento crítico del mundo que pueden simbolizar las dos fuerzas antagónicas que luchan dentro del hombre hispanoamericano en su tarea histórica de construir la nueva América del futuro.

No me refiero a la contraposición Marxismo-Cristianismo, sino a una conducta social más honda y anterior del hombre hispanoamericano. Me refiero al sentido creador, me refiero a la conciencia social de los valores propios, a la voluntad de construir un futuro que sea el fruto del desarrollo de nuestras propias características —en un crecimiento autónomo y digno— contrapuesto al espíritu entreguista y colonial que sólo quiere imitar y que sacrifica a la fácil, pero estéril, solución prefabricada, la personalidad y el destino de su pueblo.

El primer mensaje nos lo remite el Partido Comunista de Colombia. Pisoteando la espontánea solidaridad que brota en nuestros pueblos —¡tantas veces víctimas del poder imperial, interventor y avasallador!— el P. C. de Colombia apoya la invasión de Checoslovaquia porque tal atropello es —dice— “en defensa de los logros socialistas”. Los partidos comunistas del tercer mundo, incluso muchos africanos, han criticado la invasión y han protestado por ella. En Hispanoamérica hay una corriente turbia de sometimiento colonial y servil todavía demasiado poderosa y que lo mismo arrastra en las costas burguesas del capital que en las costas proletarias del marxismo. Es el mismo espíritu de impotencia creadora que a la hora de la intervención en Santo Domingo levanta un coro histérico de apovos incondicionales. El P. C. de Colombia defiende la OEA roja con el mismo fervor entreguista. Vendemos nuestra progenitura por un plato de lentejas. Aprobar la invasión de Checoslovaquia porque es una defensa de “los logros socialistas” es aprobar la invasión de cualquier país de Hispanoamérica en defensa de “los logros democráticos”.

La actitud no fuera tan grave si sólo expresara una solidaridad romántica con el imperialismo del otro lado. Pero es la revelación de algo mucho más profundo. De un mensaje del sub-consciente de América donde yacen, todavía sin sublimar, complejos entreguistas, genuflexiones peligrosas del espíritu que, tanto en una ideología como en la otra, impiden que se desarrollen los valores más auténticos y que América —¡nuestra América!— produzca su propia revolución y elabore su propio destino.

El otro mensaje, el segundo, lo pronunció Pablo VI al dialogar con 150 mil campesinos, símbolo mismo del otro aspecto, de la otra zona donde también se enfrentan el destino y el anti-destino de América.

El Papa lloró de emoción ante esa masa, ¡carne agraria de América! ¡miseria y destino: Ecce Homo!... “Ustedes son Cristo para mí”, dijo el Papa. Y son el Cristo de América porque son el hombre de América.

Yo encierro el mensaje de este encuentro en dos partes.

1º) El Papa es el primer Papa que llega a América y en esa América su principal acto de contacto con las masas quiso que fuera un encuentro con el campesino. En la misma línea evangélica que ya trazaron los ángeles al preferir a los pastores para anunciar por primera vez “la Buena Noticia”, el Papa vuela de Roma hacia esta masa que simboliza —en la pobreza y el abandono— el interés máximo de la Iglesia en América. El Pontífice ha dicho a los cristianos: estos son Cristos. Este es (¡el campesino!) el prójimo más próximo de esa construcción nueva, de justicia y de amor, que queremos levantar en el Continente de la Esperanza.

2º) El segundo punto es el alertar del Papa a los campesinos a no poner su confianza en la violencia para cambiar su situación de miseria.

“Es cierto que hay situaciones cuya injusticia clama al cielo —ha dicho el Papa— (1). Cuando poblaciones enteras, faltas de lo necesario, viven en una tal dependencia que les impide toda iniciativa y responsabilidad, lo mismo que toda posibilidad de promoción cultural y de participación en la vida social y política, es grande la tentación de rechazar con la violencia tan graves injurias contra la dignidad humana. Sin embargo ya se sabe: la insurrección revolucionaria (salvo en el caso de tiranía evidente y prolongada, que atentase gravemente a los derechos fundamentales de la persona y dañificase peligrosamente el bien común del país —la violencia engendra nuevas injusticias, introduce nuevos desequilibrios y provoca

1 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

nuevas ruinas. NO SE PUEDE COMBATIR UN MAL REAL AL PRECIO DE UN MAL MAYOR".

La Iglesia rechaza la violencia no para fomentar la alienación. Desde el Génesis la voz de Dios resuena perentoria preguntando: "¿Qué has hecho de tu hermano?". La Iglesia rechaza la violencia porque la violencia es incontrolable y crea nuevas injusticias. Pero queda un margen vasto y formidable de acción en la no-violencia. Y ese es el margen del cristiano. Queda la denuncia. Queda la defensa. El apoyo. La organización. Queda la fuerza mayor que es la del amor, la de la solidaridad sin reservas.

La violencia del Evangelio no es violenta. Es creadora. Es la violencia vital de la semilla y del fermento. En realidad, la violencia no se plantearía como solución si la Iglesia en Hispanoamérica, pusiera en la balanza **TODO EL PESO DE SU INFLUENCIA Y DE SU PODER MORAL** para transformar o cambiar, de manera radical si es necesario las estructuras sociales que mantienen al pueblo, y en especial al campesino, en niveles de existencia sub-humanos.

PABLO ANTONIO CUADRA